

PIETRO NENNI

XII Brigada Internacional, que comprendía, amén de los batallones franco-belga y alemán ("André Marty" y "Thälmann"), voluntarios de otros países que no constituían el número suficiente para crear su propia unidad nacional. Esas y otras brigadas formaron una división cuyo comisario político sería Pietro Nenni, el italiano Pedro. Su compatriota, el comunista Luigi Longo "Gallo", era el comisario inspector de todo el conjunto de las Internacionales.

A nosotros, jóvenes socialistas y comunistas unificados, los galones, los cargos y las jerarquías no nos impresionaban. Los hombres y mujeres —vinieron muchas mujeres con equipos sanitarios— que acudían a España representaban la solidaridad, el internacionalismo proletario en su expresión más elevada y más romántica. Sabríamos, años después, que algunos de ellos eran famosos en la literatura, las artes, la ciencia y la política mundiales. La historia iba a ofrecer a los supervivientes nuevas ocasiones para verificar la autenticidad del impulso que les trajo a nuestra tierra, la desdichada tierra nuestra que el fascismo y la reacción habían convertido en campo de sangrientas batallas. También a Pietro Nenni se le presentaron esas ocasiones y, en lo esencial, pasó la prueba.

Las constantes escisiones en el seno de su partido no le empujaron a la deserción ni a la cómoda actitud del veterano que vive de las glorias de sus "momentos estelares". Tampoco practicó el anticomunismo visceral pese a sus diferencias con los comunistas. Fue coherente con su pasado de socialista unitario. De "lo nuestro" —la lucha contra la dictadura franquista— nunca se desentendió y su nombre figuró siempre entre los personajes de prestigio comprometidos en la lucha por salvar a españoles perseguidos, torturados, condenados a muerte por el franquismo. Llegó a ser ministro de relaciones exteriores de Italia a la edad de setenta años. Allí nos defraudó. Cometió el error de no oponerse a la participación de Italia en la OTAN aun a sabiendas de lo que significa este anagrama. Su error facilitó el surgimiento en su partido de una ala izquierda, embrión de Unidad Proletaria, tan positiva en su día. Quién sabe si el viejo garibaldino de España no se alegró en su fuero interno de haber provocado la contestación revolucionaria en su partido.

Validez de su ejemplo

Con motivo de su muerte se cantan loas que desorbitan la dimensión del personaje. Es una costumbre. También se especula sobre sus preferencias y sus proyectos para añadir elementos de confusión a la delicada situación italiana. Me parece pertinente transcribir lo que, ya anciano pero no decrepito, le confió a su amigo de España, el periodista francés George Soria en conversación sostenida en la terraza de su casa en Roma. George Soria le preguntó a Pietro Nenni qué representaba para él la experiencia española en la perspectiva del tiempo y en tanto que militante socialista. El veterano garibaldino contestó: "En lo que a eso se refiere, lo que puedo decirle es que la experiencia española constituye uno de los momentos culminantes de mi vida. Fue quizá el único período en que una corriente de idealismo y, a la vez, algo muy concreto, reunió estrechamente a hombres de formación y origen distintos. Me atrevería a decir incluso que, considerada desde la atalaya del tiempo transcurrido, es una de las experiencias más importantes de mi vida de militante" (4).

En la misma conversación se negó a pontificar en plan de profeta, pero consideró necesario sugerir lo esencial de las lecciones de la historia por él vividas. "Aunque soy bastante escéptico en lo que se refiere a las lecciones que uno puede sacar de los grandes acontecimientos históricos —ya que la Historia nunca se repite de la misma forma—, la lección que se desprende de toda esa epopeya es que sólo fue posible gracias a la unidad de las fuerzas antifascistas que intervinieron en ese combate. Invito a los jóvenes y a los menos jóvenes a que mediten esta lección de unidad en sus empresas de hoy y de mañana".

Invocar la unidad puede ser un truco, naturalmente, pero la invocación que nos hizo Pietro Nenni en la vejez iba avalada por un largo esfuerzo unitario contra el fascismo. No nos ha dejado palabras, sino hechos. Y la vida de un hombre vale lo que valen sus hechos. Para quienes seguimos en el campo del antifascismo y del socialismo, el ejemplo de Pietro Nenni sigue siendo válido.

(4) "Guerra y revolución en España", de George Soria. Tomo 2. Editorial Grijalbo. Barcelona.



Lina Morgan.

SON carcajadas de tripa, de las que te llevan oleadas de sangre hasta los dedos del pie. El patio de butacas se agita cada tres minutos con risotadas y los ríñones de la clientela sacuden periódicamente el respaldo. Después de dos horas de representación, un público de menestrales, obreros cualificados y empleados con cuatro trienios sale del teatro como de una sala de masajes de castidad, los ojos brillantes de dicha, los capilares más remotos perfectamente irrigados por la circulación compulsiva de la sangre, un cansancio reparador en las mandíbulas o en el diafragma. Acaso era esto a lo que Aristóteles llamaba catarsis. O la purificación de las pasiones frente a una señorita cómica.

El escritor Jesús Fernández Santos anda ahora en la quinceña del duro, ha entrado a saco en la tómbola de los regalos. Para conmemorar su último boleto premiado con el Nacional de Literatura, la tertulia del café Gijón había decidido darle un homenaje. Sus doce componentes, descontadas las ausencias, agrupados en torno a Clemente Auger, que tiene algo de marxista de Via Veneto, juez a la milane-

sa, y sofisticado personaje con la greña jacobina en la mejilla, abandonaron por un momento el peluche corrido y se fueron al teatro de la Latina a ver a Lina Morgan, la diosa de esa clase media que echa el cierre de la tienda a las ocho y hace arco al atardecer.

Doce tipos variados, con las solapas del abrigo levantadas bajo la niebla, buscaron en la alta noche la verdad de la vida. Alvaro de Luna, Manuel Alexandre, José Luis Coll, Fernando Tola, Tito Fernández, Ricardo Rodríguez Budet, Javier Cobos, Manolo Mampaso, Arturo González, Clemente Auger, Jesús Fernández Santos y este que suscribe detrás del espejo tuvieron la brillante idea de cambiar la aburrida pleitesia del chuletón bien pasado alrededor del agraciado en un rito de restaurante por el reencuentro con la España eterna.

Resulta que Lina Morgan es una actriz excepcional, probablemente la mujer más graciosa, según dicen, que ha pisado el tablado en lo que va de siglo. Yo me lo creo. Su escuela de interpretación no se ha movido desde Aristófanes. No importa que el entorno de la escena sea manido, que

MANUEL VICENT

por el escenario campe un rellone de personajes de cartón sólo al servicio de la estrella. Se trata de una revista musical a la española con todos los aditivos de plumas, lentejuelas, espejitos, piernas por la pasarela con mallas recosidas, chistorros directos al grano y la batería cular de alegres señoritas. La orquestina del foso ya hace tiempo que ha sido sustituida por equipos de estereofonía. Por otra parte, la famosa ola de erotismo ha purificado este género, lo ha dejado en el mismo filo del antiguo taparrabos, la estrellita en el pezón y la hoja

día de la ingenua palurda que siempre triunfa, el azote contra la hipocresía y el final feliz con bajada esplendorosa por la escalinata.

En cuestión de teatro, uno se ha parado en las teorías de Aristóteles, en la magia del profesor Alba y en la orgía espontánea de alguna comuna. No sé qué es la motivación psicológica ni si la expresión corporal consiste en hacer bien el cojo. Pero sé lo que es el fluido magnético que despiende el cuerpo de una actriz como Lina Morgan, el misterioso don de Dionisios, que derrama desde

nentes están muy resabiados por todos los maleficios de la cultura moderna, se ven cogidos por todos los tics de los últimos marbetes.

Pero yo observé la catarsis. Y por eso lo cuento para que sirva de ejemplo. Clemente Auger abandonó en seguida la compostura estética diseño Milano, y entró en un grado de plebeyez purificadora con carcajadas de mercado de abastos. Jesús Fernández Santos dejó la búsqueda de monjas emparedadas en cualquier ábside de catedral gótica. Alvaro de Luna olvidó su propia

Fernando Tola optó por no comprarse un Porsche jamás. Tito Fernández se tiró el cuello de la camisa despechugada veinte veces hacia atrás y clavó el dedo índice en el antebrazo de la butaca como diciendo ahí, ahí, esta es la verdad de la vida. Javier Cobos alegró la cara de póquer con trucha de entrada y olvidó el pedido de electrodomésticos que le había hecho una comunidad de monjas. Manolo Mampaso ya no pensó en esquiar sobre los lienzos. Y José Luis Coll se rió sin necesidad de tener un pepito de ternera en la boca. Durante dos horas, todas las pústulas del espíritu fueron sanadas. Eso es el entusiasmo. Arturo González, en el colmo de la bacanal, pensó en ofrecerle una película a Saura. Con eso está todo dicho.

Que Jesús Fernández Santos consiga otro premio cualquier día de estos, ya no es noticia. Entra en el organismo de las isobaras, en el dominio de las rachas que consagra una obra bien hecha, una labor metódica. Que sus amigos lo acompañen a un restaurante y compartan un chuleton de la felicidad, ya es un manierismo. Aparte de que por ese camino se puede entrar fácilmente en un coma gotoso. Por eso ha sido una idea feliz volver a las fuentes del teatro donde se baña el pueblo y observar que el cuerpo principal de la clase media española se sigue riendo de lo mismo durante doscientos años, comprender que el hueso de la comicidad no ha cambiado desde los griegos. Y que se es un animal de escena o no queda nada, sino una elucubración metafórica acerca del fluido carnal, expresado sólo en libros.

Después, la tertulia político-cómico-literaria-artística-electrodoméstica del café Gijón se trasladó con las solapas levantadas bajo la niebla de la noche al otro espectáculo de Tip y Coll, donde la famosa pareja está ensañando siete años seguidos, sin conseguirlo, cómo los españoles deben llenar un vaso de agua. Es la evidencia reducida al absurdo, un surrealismo expresionista que se ha convertido en el símbolo del posfranquismo, en el mito de Sisifo de esta democracia. ■

LINA MORGAN Y EL ESCRITOR

gratinada en el sexo. Es un espectáculo puro.

Aquí no hay crisis. Los clásicos rijosos de antaño, afincados en la fila cero, abrevan ahora en los quioscos, en los destapes de cabaret y en las películas pornográficas. La revista ha quedado para una intimidad solariega. La sala está abarrotada tarde y noche por señoras con abrigo de paño gordo y cuello de nutria, gato de cualquier clase salvaje, chinchilla o amagos de visión, por parejas menestrales de una honradez campechana que no vigilan con el rabillo del ojo al compañero de butaca para saber si hay que reírse. Esta gente suelta la pierna con espontaneidad y aplaude a la reina de las candilejas con la antiquísima ingenuidad de los tiempos de oro.

Lina Morgan ha sabido desde siempre cuál es su papel y por qué está allí delante de su parroquia adicta. Intuye qué clase de felicidad momentánea exige de los valores este estrato de pequeños comerciantes satisfechos y estos trabajadores de buen pasar. Nada de franquismo nostálgico, al menos directamente. Nada de agresividad política, ni el más leve asomo de la orejilla izquierda, sino la risa tradicional desde los mitos morales de la derecha, el sexo insatisfecho, el suave anticlericalismo, la picar-



Jesús Fernández Santos.

cada gesto sobre el coro, el intercambio de la posesión entre el público y la comediante. Si el teatro es un medio para purificar las pasiones cotidianas, puede decirse que Lina Morgan cumplió el rito sobre la tertulia del café Gijón. Y conste que la tarea no es fácil, porque sus compo-

popularidad y el muermo de ser un buen actor parado. Manuel Aleixandre pospuso para después de la función los problemas geopolíticos y los hilos de las altas marionetas de las finanzas. Ricardo Rodríguez Budet no pensó durante dos horas que 1980 inaugura la década del boniato.